

PULGARCITA

(Hans Christian Andersen)

Hubo una vez veinticinco soldados de plomo, todos hermanos, como retoños que eran de la misma vieja cuchara. Cada uno de ellos cargaba su fusil, miraba al frente y vestía el más gallardo uniforme rojo y azul que pueda concebirse.

Las primeras palabras que oyeron en su nuevo mundo, al levantarse la tapa de su caja, fue la voz de un muchachito palmeando las manos y gritando "¡Soldados, soldados!"

El niño festejaba su cumpleaños y los soldados eran su regalo para la ocasión. Todos eran exactamente iguales, con sólo una excepción, y éste se diferenciaba de los demás en que no tenía más que una pierna, porque había sido el último que fabricaron, y el material no alcanzó para terminarlo. Y sin embargo se sostenía tan bien en su única pierna como los otros con las dos. Y fue precisamente ese soldado el que se hizo famoso.

Sobre la mesa donde el niño los dispuso en cuadro había muchos otros juguetes, pero lo que primero atraía a la vista era un encantador castillo de cartón. Por las ventanas de éste podía verse el interior de las habitaciones, y en el exterior algunos árboles que rodeaban un pequeño espejo a manera de lago sobre el cual nadaban varios cisnes de cera. Todo era muy lindo, y sin embargo lo más lindo de todo era una jovencita que estaba de pie en la puerta abierta del castillo.

También ella era de cartón, pero tenía un vestido de gasa muy ligera, con una delicada cinta azul sobre los hombros, a modo de pañuelo, y una gran lentejuela muy brillante. La jovencita extendía ambos brazos, como una bailarina que era. Y en su danza una de las piernas se alzaba tan alto en el aire que el soldado de plomo no podía verla en absoluto, y suponía que a ella también, como a él, le faltaba una pierna.

"Sería la esposa más adecuada para mí -pensó-. Pero ella es demasiado elevada. Vive en un palacio, en tanto que yo sólo tengo una caja, y eso en común con otros veinticuatro congéneres. No, aquí habría lugar para ella. Pero tengo que tratar de relacionarme".

Y el soldado se tendió detrás de una caja de rapé que había también sobre la mesa. Desde allí podía observar cómodamente a la damisela, que seguía siempre en un solo pie sin perder en absoluto el equilibrio.

Más tarde, cuando la gente de la casa se retiró a dormir, los otros soldados fueron guardados en su caja. Era la hora en que los juguetes juegan, y se divierten visitándose unos a otros; librando batallas o dando bailes. Los soldados de plomo se aburrían en su caja, deseando poder participar del recreo general, pero sin lograr levantar la tapa. Los cascanueces daban saltos mortales, y el lápiz garabateaba disparates en la pizarra. El ruido era tanto que el canario se despertó y se reunió a la algazara, pero en verso. Y los únicos dos que no se movieron fueron el soldado de plomo y la pequeña bailarina. Ella permanecía tan rígida como de costumbre, sobre la punta de un pie y con los brazos extendidos. Y él, igualmente firme en su única pierna, sin apartar los ojos de su amor ni por un momento.

Entonces el reloj dio las doce... y ¡plop!, la tapa de la caja de rapé se abrió, levantándose bruscamente. Y dentro de la caja no había rapé. Nada de eso. Había un pequeño diablo negro, con un resorte, pues se trataba de una cajita de sorpresas.

-Soldado de plomo -dijo el diablo-, haz el favor de tener más cuidado con lo que miras.

Pero el soldadito de plomo fingió no haberlo oído.

-¡Ah!, ¿sí? Pues entonces espera hasta mañana -amenazó el diablo.

Por la mañana, cuando los niños se levantaron, colocaron al soldadito en el antepecho de la ventana. Y ya fuera por influencia del diablo negro o por una ráfaga de viento -yo no lo sé- de pronto se abrió la ventana y el soldadito cayó cabeza abajo desde el tercer piso.

Fue una caída terrible, y el pobre soldado aterrizó sobre su kepis, con la pierna en el aire; la bayoneta quedó encajada entre dos losas. La sirvienta y el muchachito corrieron a buscarlo, pero aunque miraron por todas partes no lo encontraron. Si el soldadito hubiera exclamado: "¡Aquí estoy!", no cabe duda de que lo habrían visto; pero él no consideró cosa digna el gritar estando de uniforme.

-¡Mira! -dijo uno de ellos-. ¡Un soldadito de plomo! Le haremos dar un paseo en barco.

Hicieron un barquito de papel con un diario y colocaron al soldado en el medio. Y allá partió el soldadito por la cuneta abajo, seguido por los dos chicos que aplaudían. ¡Cielos! ¡Qué olas había en el agua de la cuneta! ¡Qué corriente impetuosa! Porque ciertamente lo que había llovido era un diluvio. El barco de papel danzaba de un lado a otro; a veces giraba como un remolino, hasta hacer correr un escalofrío por la espalda del soldadito, que sin embargo permanecía impávido, sin mover un músculo, vista al frente y fusil al hombro. En cierta ocasión el barco pasó por la boca de un largo túnel de madera, en cuyo interior estaba tan oscuro como en la caja.

"¿Adónde iré ahora? -pensaba-. Bueno, todo fue culpa de aquel diablo negro. ¡Ah!, si al menos estuviera a mi lado la muchachita del castillo, ya podría estar dos veces más oscuro, que no me importaría".

En ese momento apareció una gran rata de agua, que vivía en el túnel.

-¿Tienes pasaporte? -inquirió-. A ver tu pasaporte.

El soldado de plomo no dijo nada, pero aferró su fusil con más fuerza. El barco pasó de largo, pero con la rata detrás, muy cerca. ¡Oh, cómo rechinaba los dientes y gritaba: "¡Párenlo! ¡Párenlo! ¡No ha pagado derechos! ¡No tiene pasaporte!"

Pero la corriente se hacía más y más fuerte. El soldado ya no alcanzaba a ver la luz del día al final del túnel. En cambio, empezó a percibir un rumor como un rugido, capaz de infundir miedo aún en el corazón más templado. Porque allí donde terminaba el túnel, la corriente se precipitaba en el gran canal, y aquello era tan peligroso para él como para nosotros el zambullirnos en una catarata.

Luego empezó a llover, y las gruesas gotas menudearon más y más hasta convertirse en una tormenta. El aguacero cesó por fin, y dos muchachos de la calle pasaron por la acera.

Y estaba ya tan cerca de la salida que era imposible detenerse. El barco se precipitó en un envión final, y el pobre soldado de plomo se mantuvo en su posición de firme, todo lo rígido que pudo. Nadie podría haber insinuado que pestañeó siquiera.

El barco describió dos o tres círculos y se anegó hasta la borda; se hundiría sin remedio. El soldado de plomo, con el agua al cuello, seguía de pie, mientras el buque se iba a fondo con rapidez creciente. El papel se fue empapando más y más, y por fin el agua cubrió la cabeza del soldado. El recordó a la bonita bailarina a quien ya no volvería a ver más, y en sus oídos resonó un viejo estribillo:

Adelante, adelante, soldado que no puedes la muerte rehuir.

Por último el papel cedió del todo, y el soldado se precipitó hacia el fondo. Y en el mismo instante fue devorado por un gran pez.

¡Qué oscuro estaba el interior de aquel monstruo! Era aún peor que el túnel. ¡Y qué estrecho! Pero el soldadito de plomo seguía tan impávido como siempre, tendido a todo lo largo, fusil al hombro.

De pronto el pez dio un brusco salto, al cual siguieron los más frenéticos movimientos. Y finalmente quedó inmóvil. Cierta tiempo después, un resplandor como el de un relámpago llegó hasta el soldado. Se encontró una vez más a la luz del día, y oyó a alguien que exclamaba en voz alta:

-¡Miren! ¡Un soldado de plomo!

El pez había sido pescado, llevado al mercado, vendido, y traído a la cocina, donde la cocinera lo abrió con un largo cuchillo. La mujer tomó al soldadito con dos dedos y lo llevó a la sala, donde todos querían ver al maravilloso militar que había viajado en el estómago de un pez. Lo pusieron sobre una mesa, y -¡asombro de los asombros!- se encontró en la misma habitación en que había estado antes. Vio a los mismos niños, y los mismos juguetes sobre la mesa, y también el hermoso castillo con la linda bailarina en la puerta.

La joven seguía manteniéndose sobre un pie, con la otra pierna en el aire. Tampoco ella había cambiado de posición. El soldado se sintió tan conmovido que estuvo a punto de derramar lágrimas de plomo, pero eso no hubiera sido propio de su condición. La miró, y ella lo miró, ambos sin decir una palabra.

En ese momento uno de los niños tomó al soldado y, sin razón ni motivo alguno, por puro capricho, lo arrojó al fuego. No hay duda de que el pequeño diablo negro de la caja de rapé fue quien tuvo la culpa.

El soldado permaneció allí, entre las brasas, iluminado por las llamas y circundado por el calor mas horrible, aunque no habría podido decir si aquel calor provenía del fuego material o de sus propios sentimientos. Había perdido todos sus alegres colores, tal vez como consecuencia de su peligroso viaje, quizá por la pena. ¿Qué importaba?

Volvió a mirar a la muchachita, y ella volvió a mirarlo, y el soldado sintió que se estaba derritiendo, pero logró aún mantenerse firme, fusil al hombro.

Súbitamente se abrió una puerta, y la corriente de aire que se produjo arrebató a la pequeña bailarina, la hizo revolotear en el espacio como una sílfide y luego la arrojó directamente al fuego, junto al soldadito. Una pequeña llamarada, y todo el cuerpo de la joven desapareció.

Para entonces el soldado estaba reducido a un mero bulto. Cuando la sirvienta retiró las cenizas a la mañana siguiente lo encontró en forma de un diminuto corazón. Todo lo que quedaba de la bailarina era su lentejuela, y ésta tan quemada y tan negra como uno de los tizones de la chimenea.